



Por Laura Klein

Licenciada en Filosofía (UBA). Poeta, ensayista, Autora de los libros de ensayo *Fornicar y matar* (Planeta, 2005) y *Entre el crimen y el derecho. El problema del aborto* (Planeta 2013); su último libro de poesía es *La comedia de los panes* (Hilos, 2011). Dicta seminarios de filosofía y dirige talleres de pensamiento y escritura.

*“Este amontonamiento de muchas personas en un solo ambiente, ahora se está haciendo general. Y como los pobres diablos deben tener, sin embargo, algún goce, y la sociedad los ha excluido de todo otro, van a buscarlo y beben aguardiente. El aguardiente es la única cosa que les hace amable la vida de fatigas y así se regodean en el aguardiente hasta la borrachera más brutal. Todo esto favorece su pasión por la bebida; la tentación es demasiado fuerte, no pueden resistirla, y cuando ganan dinero, deben echarlo en su garganta. ¿Cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo quiere la sociedad, que los reduce a tal estado, en que casi necesariamente deben hacerse borrachos, que los olvida del todo y los deja embrutecerse, cómo quiere después acusarlos, si realmente se convierten en borrachos?”*

Este cuadro de situación, que tan bien describe una problemática del mundo actual, lo escribió Federico Engels en 1845, en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Se refería a las condiciones feroces de vida a que habían sido arrojados los inmigrantes irlandeses al “integrarse” al capitalismo industrial. Ciento setenta años más tarde, no hay más campesinos arrancados de sus hábitat para trabajar en las nuevas máquinas (ahora el avance tecnológico los expulsa del mundo del trabajo), el hacinamiento de familias enteras en una sola pieza sigue siendo una brutal condición de vida en las clases bajas (sean o no inmigrantes), y el alcohol continúa siendo la vía más habilitada en todas las clases para acceder a un goce inmediato para paliar las fatigas de la vida (aunque el aguardiente ha cedido su lugar protagónico a la cerveza y el tetra-brick). Pero ahora también como iniciación a la misma: en la última década, sea para paliar las fatigas del futuro o conjurar las amenazas del sinsentido, el consumo de alcohol se hizo masivo entre los adolescentes.

El devenir del capitalismo nos ha deparado muchos otros goces que hoy rivalizan con el alcohol en anestesiar-calmar-consolar las angustias, los miedos, el cansancio o la intensidad misma de la vida. Consumos de estupefacientes, de televisión,

de información, de comunicación, de trabajo, de paco, de sexo, de operaciones, de dulces y twitter, pornografía de emociones, imágenes, crímenes, juguetes, chismes, rohipnoles, ribotriles, antidepresivos, consumo de tabacos, de tragedias, de terapias. Consumos a los que somos empujados diariamente y que constituyen el signo y el emblema de nuestra adaptación social. Imposible ser considerado “normal” hoy sin estos consumos. Drogas duras, drogas blandas, drogas sin locura, locuras sin dioses, drogas ineludibles en la vida de cualquiera, impuestas a la vida de cualquiera que vive hoy en la ciudad, la grande y la pequeña, atrás o más lejos. El sistema se sostiene gracias al embrutecimiento de la gente, y para sobrevivir en el sistema, para tolerarlo, es preciso vivir embotado. Cuando el consumismo pasa el límite de la adaptación, cambia de signo: quien se pasa de la raya deja de ser un adaptado-consumista y pasa a ser un inadaptado, un adicto. Y ahí pasa a ser segregado, terapeutizado, internado y parasitado por el sistema que lo parió como tal. Entonces, “adicciones”. Voluntades pegadas al acto. Una raya es la misma que la anterior, una copa siempre es la penúltima, un alfajor nunca da en el hambre ni en la gula, un somnífero repite la noche ausentada de insomnio. Repetir la misma acción hasta lograr que una vez sea verdadera.



“Consumos inquietantes”. Consumos imparables, cautividad del consumo, consumos fatídicos: este número de Estrategias abre el campo a lo que sucede con aquellos consumos que anuncian la inquietud o la desgracia que traen consigo. No dice: “sustancias”, sino “consumos”. Está claro que no se trata de lo que los discursos policíaco-morales sobre higiene y salud agitan como “el fantasma de la droga”, y que la constancia en los excesos de alcohol o paco son mortificantes, con frecuencia mortíferos. Pero también que muchas veces son idénticos el modo de consumir alcohol o paco que noticieros, antidepresivos, video-juegos o Internet.

No es fácil encontrar la cornisa que distingue lo destructivo de un acto de su condena. ¿Cómo abstenerse del juicio moral sin caer en la indiferencia moral? Se requiere la valentía de pensar sin garantía, sin seguro de encontrar la acción adecuada para resolver el problema o disolver el dolor. Algunos escritores, que han buscado transmitir sus propias experiencias, lo han logrado. Es lo que hace María Moreno en este excelente texto, necesario e insustituible, “La pasarela del alcohol”, del que publicamos aquí un anticipo.

María Moreno: periodista, narradora y crítica cultural. Fundó revistas, creó programas y suplementos (como el suplemento “La Mujer” en el diario Tiempo Argentino; la revista feminista Alfonsina; el programa Portarretratos para el canal Ciudad Abierta; El Teje, primer periódico travesti) y recibió distintos premios por sus investigaciones y su labor antidiscriminatoria a través de sus artículos. Actualmente, entre otras cosas, dicta un taller de Crónicas en la Biblioteca Nacional y escribe en el suplemento “Radar” de Página 12. Algunos de sus libros son: *El petiso orejudo* (Planeta, 1994); *A tontas y a locas* (Sudamericana, 2011); *Vida de vivos: Conversaciones incidentales y retratos sin retocar* (Sudamericana, 2005); *Banco a la sombra* (Sudamericana 2007).

